

REPASO DE INDULGENCIAS

Personajes:

JUAN
ELIO
LILIA
LUCIO
GERARDO
GEORGINA
CARLOS

Como un deslizamiento hacia el interior del oído hay un vericuetto impreciso lleno de escondrijos, atiborrados, todos, de objetos extraños. Tengo la impresión de que hemos entrado a la bodega de los sueños, al lugar donde se fabrican las más horripilantes pesadillas y las fantasías más inalcanzables. Es como una línea tirada entre la realidad y la ficción; y, en donde la mezcla de éstas se ha trepado por nuestros cuerpos y nos ha asido por el cuello. Respirar, debido a esto, no es nada fácil. Hay una estruendosa fricción, entre la locura y la sensatez, que hostiga con un mundo sonoro que no merecemos. Quizá, realmente, la entrada sea ese pegostoso túnel que nació del laberinto por donde entramos después de haber entregado el boleto a la entrada del teatro.

De pronto, como si todos los hombres se hubieran vuelto grillos, crece una atmósfera vibrante de gargantas sonoras que zumban antes de que la luz, como algo que ya resulta indispensable, aparezca. Desde el fondo del lugar, en un horizonte impreciso nacen los primeros, tenues, fríos rayos; de nuevo, creo, que los colores se inventan. Dos siluetas vagas se aproximan... luego la luz, viento extraño, empieza a colarse por todas partes.

Cerca de nosotros hay tres enormes figuras de monstruosidades gigantes; dijo Héctor Mendoza que se llaman mojigangas. Las dos siluetas se aproximan más. Se definen y se nombran en mi mente: Juan y Elio. Juan camina por delante y trae a Elio de la mano. Elio viene con los ojos vendados y camina inseguro. Las monstruosidades que se mueven con una locomoción extraña, como si se deslizaran suavemente por un escenario mágico, han rodeado a los dos hombres que se empeñaron en un tiempo en ser siluetas.

Recuerdo la cara del hombre vendado cuando venía entrando por el túnel que nació del laberinto; traía una sonrisa ingenua que acentuaba su alegría, la sonrisa del que se presta a una broma y, este prestarse, le despierta un gran placer que lo levanta, lo conduce, lo ofrece y, hasta casi, vendiendo un poco la trama, podríamos decir, que lo inmola.

El hombre vendado, luego de haberse detenido, desespera el momento y busca por todos los medios comunicarse con el exterior tratando de percibir las cosas mediante el universo sonoro que lo envuelve y, que todavía, no le muestra este mundo de rarezas que contiene.

Sin embargo, sería bueno aclarar: aquí las sonrisas tienen un sonido especial, quizá no tan claramente audible como el de las carcajadas, pero su dibujo, su línea de labios y humedades, suena.

Los monstruos se cuchichean al oído palabras ininteligibles; el hombre vendado, como quien descubre vida en un mundo extraño, ríe, ríe pero sin sonido, ¡su risa no suena!, ¡su sonrisa es muda y eso a mí me aterra! Es una risa nerviosa, está desesperado, le faltan sus ojos, “¿Y si se los hubieran sacado?”, pienso; “No sonriera”, -me respondo- y quedo atento.

Uno de los monstruos emite un ruido que me recuerda el caer de una piedra en el agua. Juan acude porque cuando llegó dejó al hombre vendado y se petrificó en algún rincón del miedo. **Rincón del miedo.** Acude personificando la ingenuidad y la inocencia. Luego, más ruidos de piedras en la orilla y la profundidad de todas las charcas –los monstruos hablan- Juan asiente, se acerca el vendado, que es Elio, según el programa que tengo en la mano y que así lo registra: “Hombre vendado, Elio”. Se acerca, pues, Juan; a la ingenuidad y a la inocencia se une el amor, le desata la venda y, antes de retirársela, le cubre con las manos los ojos. Elio sonrío feliz, con murmullos de agua se esencializa en el juego, acepta que Juan le tome las manos y lo haga que él mismo se cubra los ojos para que el Juan amoroso, con la venda, le haga una corbata.

Juan se aleja. Elio va dejando escurrir las manos por su cara como si fueran grandes gotas de sudor. Aunque no se ven, una lluvia de electrizantes cometas cae sobre el escenario. Abre los ojos lo veo luchar contra sus pestañas, según lo que veo desde acá, desde mi butaca, la luz lo ciega al principio y no puede mantener los ojos abiertos por mucho tiempo. Los monstruos silban algo que tiene un sonido seco y apagado. Elio los descubre y se encanta con ellos, ríe, su risa tiene una sonoridad que seduce, brinca de la risa a la carcajada; todo es una agradabilísima y maravillosa sorpresa. Los monstruos permanecen fríos, hieráticos, inmóviles. Elio fascinado con ellos se acerca encantado de la vida para tocarlos; toca a uno y éste le da un manotazo tan fuerte que lo hace caer al suelo y verter sangre.

ELIO: ¡Ay cabrón! ¡Eh, hijos de su puta, no mamen!

Los monstruos tienen un nombre: Natrix, Ery y Anaconda.

ERY: Sabes: has penetrado en lugar sagrado.

ANACONDA: Atiende: ¿por qué has entrado con zapatos?

Juan, vomitando de otro rincón del miedo aparece personificando ahora el temor y el servilismo. Llega hasta donde está Elio y trata humildemente de quitarle los zapatos pero éste se resiste.

NATRIX: (Furibundo.) ¡Descálzate!

ELIO: ¡Ay, no mamen carajo!, ¿a poco voy a tener que hacer todas las pendejadas que se les ocurran? (Se dirige a Anaconda.) A ti ya te conocí, pinche Lilia (A Eri); a ti también Pichicuás, no te hagas güey.

Los monstruos encolerizados aúllan y, como si Juan comprendiera el mensaje, sumiso, atemorizado, acerca un látigo y golpea cruelmente a Elio. Éste grita, se queja y llora. Al siguiente aullido de los monstruos, Juan deja de golpearlo. Lilia aparece arrastrándose por debajo de las faldas de Anaconda.

LILIA: Pinche Elio, agarra la onda, no te están pidiendo un imposible; son potestades divinas, hazles caso.

ELIO: No me pasa este juego Lilia.

LILIA: ¿Tú a qué quieres jugar?

ELIO: Pues no mamen, ya me sacaron la pinche sangre; este cabrón me dio un buen chingadazo, y este otro güey (Juan) me pegó en serio unos madrazos con el látigo. (A Ery.) Te voy a romper el puto hocico Pichicuás.

Lucio sale arrastrándose por debajo de las turbulentas faldas de Natrix.

LUCIO: *(A Elio.)* ¡Ya mametas, pendejete!

ELIO: ¡Ay pinche Lucio, qué ojetes se están viendo!

LUCIO: ¡Quítate los zapatos y no la hagas de pedo, Elio!

LILIA: Ándale, yo te ayudo, si no, no vamos a acabar nunca.

ELIO: ¡Ah! ¿Qué piensan seguir pendejos? *(Gerardo se desliza bajo las también estruendosas faldas de Ery. A él.)* A ti, todo el puto y deforme hocico te voy a florear Pichicuás, acuérdate hijo de la chingada.

GERARDO: ¡Ay, asústame panteón!, me pelas la verga.

JUAN: ¡Chingada madre! ¿Por qué se salieron todos?, ¿y ahora qué?, ¿sólo porque este cabrón no se quiso quitar los zapatos?

LILIA: ¿Qué tiene de malo que te quites los zapatos, Elio? Te dijimos que tenías que pasar algunas pruebas.

ELIO: Ya me trajeron como dos horas con los ojos vendados, luego me pusieron estos pinches focones...

LUCIO: Pero todavía no has pasado ninguna de las pruebas, ni siquiera se ha iniciado el ritual...

GERARDO: *(A Elio, encabronado.)* ¡Quítate ya los zapatos y no lo hagas más de tos!

JUAN: *(A Elio.)* Déjame quitarte los zapatos, qué chingados te cuesta no te piden nada del otro mundo.

LILIA: Pudimos haber pedido que te quitaras los pies...

ELIO: ¡Ah, sí, están pendejos si creen que yo me voy a seguir prestando a sus pinches bromitas! Es chistosa esta pendejada de la hermandad que inventaron, creo que se traen buena onda entre ustedes, pero se están viendo muy hijitos de su chingada madre conmigo. *(Se dispone a salir.)* Yo me largo a la chingada.

GERARDO: *(Se le echa encima a los golpes, entre todos agarran a Elio, lo tiran al piso y le quitan los zapatos.)* Este pendejo se puso más rebelde que Georgina.

ELIO: ¿Qué onda con Georgina? *(Juan se escurre y se introduce, sin que nadie lo vea, en Natrix.)*

LUCIO: Nomás que no te portes como se debe... también te vamos a hacer mierda.

NATRIX: ¡Que beba el cáliz divino!

LUCIO: ¡Put madre! *(Gerardo y Lilia corren y se introducen en sus respectivos monstruos.)*

NATRIX: ¡Que beba el cáliz divino!

Los tres monstruos apuntan con el dedo a Elio, quien, desde que perdió la sonrisa no la ha vuelto a encontrar. Lucio desaparece entre los vericuetos del lugar mientras tanto, los monstruos ensayan una danza ritual. Lucio reaparece impregnado de misticismo y solemnidad. Se ha vuelto ceremonioso y profundo. Trae una copa de cristal y dos velas que están unidas por la base y que entre ambas forman un arco. Deja la copa en algún lugar visible y enciende los dos extremos de las velas; después, con gran solemnidad, las eleva como en una luminosa consagración y recita: "Oh Omnipotente y Sempiterno, luz verdadera que alumbras a todo hombre que viene a este mundo, ahuyenta las tinieblas de la noche, así como de nuestros corazones, purifica a éste tu siervo Elio y líbralo de la ceguera para que pueda mirar lo que te es grato y útil y puedas conducirlo, después, a la luz inextinguible". A Elio. "Di, 'así sea' e inclina la cabeza".

ELIO: Así sea.

Elio inclina la cabeza. Los monstruos dan una vuelta en torno a ellos y se alejan a un rincón. Se oye el chisporrotear de las velas, y los pensamientos fatales empiezan a rebosar la cabeza de Elio y a salir a borbotones. De los rincones, como montadas en plataformas rodantes llegan las

almas de los que penan. Yo tuve la impresión de que las ánimas estaban expresadas teatralmente en máscaras situadas a diversas alturas, sostenidas cada una de ellas por algún resorte y abrazadas todas por una misma manta negra. Quienes moraban también en las monstruosidades: Lilia, Gerardo y Juan, llegan con una máscara cada uno de ellos para participar del rito. Lucio se acerca a Elio con las velas, se las coloca debajo de la barba pegando la base de éstas al cuello y le levanta la cabeza. Se miran frente a frente. Las flamas de las velas arden a la altura de las orejas de Elio para que, seguramente, -pensé-, purifiquen todo lo que ahora escuchará. Lucio se ha convertido en el celebrante; Juan, Gerardo y Lilia en un coro.

CELEBRANTE: Porque sus ojos vean y se llenen de luz.

CORO: Luz que ilumine al profano y sea gloria de la hermandad.

CELEBRANTE: Porque sus oídos fulguren.

CORO: Luz que ilumine al profano y sea gloria de la hermandad.

CELEBRANTE: Porque su olfato refulja.

CORO: Luz que ilumine al profano y sea gloria de la hermandad.

CELEBRANTE: Porque su garganta y lengua destellen.

CORO: Luz que ilumine al profano y sea gloria de la hermandad.

CELEBRANTE: Porque su piel y manos irradien.

CORO: Luz que ilumine al profano y sea gloria de la hermandad.

Lucio retira las velas y las entrega a dos de los participantes del coro, quienes las sostienen con gran fervor. El otro integrante del coro recoge la copa y se la da a Lucio; éste la toma y se la ofrece a Elio. Elio la toma entre sus manos. Lucio fuerza a Elio hasta llevarle la copa a los labios; del contacto de la copa, con su boca, súbitamente nace una sonrisa...

ELIO: ¡Ay, no mamen, ¿qué es?!

CORO: ¡Bebe, bebe, bebe!

ELIO: ¡Ay, pinche Lucio, ya me dejé quitar los zapatos...¿qué mamada es esto?

LUCIO: *(Condescendiente, pero sin perder la solemnidad.)* Es simplemente un suero; sirve para absterger...

ELIO: Abster... ¿qué? ¡No, ni madres!

Los integrantes del coro se despojan de sus máscaras y con ellas en las manos uno a uno se acercan a Elio, guardando siempre gran solemnidad y fervor místico.

GERARDO: Yo, próximo hermano mío, te rogaría un comportamiento más digno en caso de que ello te fuera posible; estamos llegando a la parte más elevada y profunda de nuestro rito.

LILIA: Los ritos son importantes, casi hermano mío. La amistad debería, siempre, iniciarse con un rito de amor. En mi caso, yo te rogaría que no trataras de romper este círculo mágico...

ELIO: Sí, Lilia, yo me he estado prestando a todo lo que has visto, pero me dan a tomar algo que no sé qué chingados es...

LILIA: Ya se te explicó; es un suero para la abstersión, para la purificación, digamos.

JUAN: Mucho me he yo regocijado, inminente hermano mío, en esta hermosísima ceremonia que te hemos preparado. Ellos: Natrix, Anaconda y Ery, también. Creo que están tan emocionados como yo, siguen con fervorosa atención paso a paso este ritual. Además, ve que han salido de las tinieblas del bátratro todas estas inmaculadas almas para presencia, con lágrimas en los ojos tu consagración dentro de la hermandad...

ELIO: *(En tierna súplica.)* No me chinguen...

LILIA: *(Compungida, a las almas.)* No almas, no lo sientan, no lo escuchen.

GERARDO: No, no.

LUCIO: *(A las otras almas.)* No almas, no lo escuchen, no lo sientan.

GERARDO: No, no.

LILIA: No lo escuchen almas y custodien con esmero el tesoro de sus méritos.

GERARDO: Sí, sí.

LUCIO: No lo sientan almas; pasará, estoy seguro, a la adopción de un nuevo modo de vida y fundará efectivas normas para la acción.

GERARDO: Sí, sí.

LILIA: *(A Elio.)* Ya nadie, entonces, con tan sentidas súplicas, te habrá oído: bebe.

GERARDO: Bebe.

JUAN: Bebe.

LUCIO: Bebe.

ELIO: *(Sumamente desesperado, infantil.)* ¡Ay de veras, no mamen!, ¿qué es?

LUCIO: *(Terriblemente severo.)* Nos obligarás a la fea impulsión de la fortaleza y el brío.

LILIA: Nosotros necesitamos hombres de acción y te estás volviendo un asqueroso niño.

Elio ve la copa con una mirada de "Chingue su madre" y la bebe sin pensar. Sonríe con una sonrisa estúpida a las almas, a los monstruos y a sus próximos hermanos. Se ha quedado con la copa en alto y se siente satisfecho.

ELIO: Muy salado, ¿qué era?

LUCIO: Sí, la sal era demasiada, así debe ser. Se llama "suero fraternal para la abstersión"; contiene ceniza de máscaras usadas en rituales importantes y sal.

ELIO: ¿Sal con ceniza?

LUCIO: Allá al fondo hallarás una vasija, acércate para que vomites tranquilo y no ensucies esto.

ELIO: *(Con náuseas.)* ¡Hijos de toda su repinche y bomba madre!

Elio corre hacia allá y empieza a vomitar con fuerza. Por una de las escaleras baja Georgina. Trae sobre la cabeza una especie de corona, en la parte del frente se levanta una varilla alta con un gancho del cual pende un hilo y de éste cuelga una manzana roja, la cual viene a quedarle justo enfrente de la boca. Georgina camina descalza, despeinada; grandes ojeras le envuelven los ojos. Parece que ha perdido la mirada y el aliento. Lilia se aproxima a ella, junta las manos y la revisa de arriba abajo.

LILIA: ¿Dormistes algo?

Georgina no responde; juega meneando la cabeza y haciendo que la manzana le toque la boca, mientras que con los dientes trata de morderla.

LILIA: ¿Ya le dieron algo de beber a esta niña después del elixir de la purificación? *(Insiste Lilia, pero nadie responde. Gerardo se aproxima a las dos mujeres y le dice luego a Georgina "¿Quieres algo?". "¿Cómo qué?", responde la aludida. "Café". Comenta con desplante resolutivo Gerardo y luego se queda jugando con la palabra repetida en varias tonalidades: "Café, café, café, café, café, café; ¿cómo qué?: café".)*

LILIA: También hay té, Georgina ¿quieres?

GERARDO: *(Canta.)* Café, café, café;
no té: café,
noté que es té el café.
Café que es té,
que esté el café.
No té: café, café,
café que es té:
noté que es té el café,
que es té,
que es té el café.

Georgina juega ahora haciendo girar la manzana alrededor de su cabeza.

JUAN: *(A Georgina.)* ¿Quieres algo de beber niña?

GEORGINA: ¿Dónde estamos?

LUCIO: Ni se imaginan, pero no lo van a saber sino hasta que salgan.

LILIA: *(Mirando a Elio que ha acabado de vomitar.)* Si salen...

GEORGINA: *(Convertida en una energúmena.)* Me cagan tus pinches bromas pendeja, vergüenza del sexo femenino, me cae que con esta pinche mano te saco la matriz y la hago tiras delante de todos. Y sepan de una vez por todas, pendejetes de caca, que cuando me toque a mí, cuando vea la mía, no los voy a poner a vomitar como nos pusieron a nosotros; conmigo van a basquear el hígado y la mierda junto con las entrañas y los voy a hacer miar por las orejas, putetes.

GERARDO: Café, café que es té,
que esté, que es té
que es té, el café.

Lucio, Gerardo, Lilia y Juan se engolosinan con la cancioncilla de Gerardo y la cantan y la repiten y la repiten a voz en cuello. Con la canción desarrollan una especie de coreografía que gira alrededor de Georgina y con la cual tratan de hacerle entender que no le temen, ni se asustan con lo que acaba de decir. Elio ha venido acercándose poco a poco. Georgina se halla muy molesta con la burla de los otros, toma entre sus manos algo que parece ser un extinguidor, lo destapa y empieza a arrojarles el humo en la cara, y mientras corre tras ellos grita: "Todos los de esta hermandad son unos hijos de su pinche y puta madre". Los de la canción del café corren a su vez, pero muy asustados, corren gritando: "¡La turnación, la turnación", y finalmente desaparecen. Entre el humo sólo queda Georgina y Elio, se ven y ríen. "¿De dónde sacaste esa madre, pinche Georgina?". Ella le hace una seña con desgano dando a entender que de por allí, de cualquier lugar.

GEORGINA: Todavía traes en la boca algo sucio. *(Le limpia con su mano y luego se la talla en la falda.)*

ELIO: Gracias. ¿Qué onda con esa manzana?

GEORGINA: Al rato te van a colgar otra a ti.

ELIO: ¡Pinches mametas!

Georgina se queda en actitud recelosa, mira hacia todos los rincones. Ve pasar una cucaracha por el piso, la aplasta con el pie y luego la avienta hacia una orilla. Habla en voz alta, pero como si hablara consigo misma: "Tengo la impresión de que no son ellos; hay algo que los ha cambiado. Me enfrenté a ellos como a lo desconocido, con el mismo temor que se penetra en la oscuridad... y Lilia no es Lilia. Mi amiga Lilia, que durante tantos años pasa por mí para irnos

juntas a la escuela, se ha revelado como una bestia infame. ¿Qué es eso de la hermandad? "Fuimos los de la hermandad". "Vinimos los de la hermandad". "Cagamos los de la hermandad". ¿Qué significa verdaderamente eso de la hermandad". Voltea a ver a Elio con violencia y le grita furiosa: "¡A ti te estoy hablando, imbécil! ¿Qué crees que me dirijo a los ratones o a las cucarachas? ¡¿Qué mierda hacemos aquí?!"

ELIO: Yo qué sé. Tú eras la que me decías que le entráramos, que era divertido, que los chavos eran buena onda... A lo mejor hay que esperar, las sociedades secretas son muy carajas.

GEORGINA: ¿Tú cómo lo sabes?

ELIO: *(Turbado.)* No sé, realmente no sé, me lo imagino.

GEORGINA: *(Muy en confianza.)* ¿Sabes manejar pistolas? *(Elio afirma.)* ¿Y tienes buena puntería? *(Elio vuelve a afirmar.)* Mira ven, aquí hay unas pistolas y están cargadas, hace rato las descubrí, yo no sé manejarlas... *(Más en confianza.)* Los vamos a chingar ¿qué te parece?

ELIO: *(Mirando para todas partes.)* Que está cabrón.

GEORGINA: No seas sacón, ¿a poco nunca te has chingado a alguien?

ELIO: *(Con mucha desconfianza.)* Tas gruesa Georgette...

GEORGINA: ¿Qué? ¿No quieres hablar?, ¿no me tienes confianza?, ¿no somos amigos?

ELIO: Sí.

GEORGINA: ¡Y luego!, ¿por qué contestas todo a medias? Eres como un gatito que se escabulle *(Elio se sorprende.)* ¿Qué, estás nervioso?

ELIO: No.

GEORGINA: ¿Entonces qué, los chingamos?

ELIO: Tas bien pesada.

GEORGINA: Pues, diles que no jodan.

ELIO: *(Grita.)* ¡No jodan! *(A Georgina.)* Ya les dije.

GEORGINA: Mierda. *(Pausa.)*

ELIO: Tengo la boca amarga, ¿crees que haya agua por aquí?

GEORGINA: *(Señala algún sitio.)* Allí hay en aquel vaso.

Elio se dirige al lugar y toma el vaso con rapidez, pero antes de llevárselo a la boca desconfía y se pone a observarlo por todas partes. Georgina alcanza la manzana con la boca y empieza a comérsela. Deja que la ingrata sonrisa que le ha nacido de observar a Elio crezca y se le escurra ruidosamente por la comisura de los labios. Elio primero prueba el agua introduciendo la punta de un dedo y chupándose. Georgina disfruta el malestar de Elio y comienza a cantar la cancioncilla del café mientras camina alrededor de él. Elio sigue probando el agua ya con la punta de la lengua, ya echándose un trago y escupiendo luego. Finalmente hace unas gárgaras y con la última gárgara agrede a Georgina, se la avienta, esputando el agua sobre su cara con lo cual pone fin a la canción del café. Ella se enfurece "¡estúpido!", -le grita-, y se le echa encima para golpearlo, pero él la agarra de las manos, la inmoviliza y luego la arroja al suelo. Georgina revienta de coraje pero sólo le grita: "¡Idiota, cuídate de mí, pendejo, ya no vas a poder estar tranquilo mientras estemos juntos!". A Georgina se le viene corriendo el maquillaje con el agua, toma un pañuelo y se limpia la cara y desaparecen ojeras y moretones. Elio se queda mirándola con rabia y totalmente desconcertado. Se pasea de un lado para otro, saca un chicle de su bolsa y lo mastica ruidosamente. Georgina se mete por los rincones, encuentra un gran velo negro, se cubre la cabeza con él, se vuelve a ver a Elio y se le queda mirando muy fijamente, fatídicamente. Los ojos le brillan de una manera terrible. Elio de nuevo empieza a sentir temor. Georgina se encamina a él, se lleva de pronto las manos hacia los ojos, a la boca y después las levanta muy alto; sonrío diabólicamente y, por la boca, junto con una inmensa baba verde, asoma una rana que salta luego al suelo. Georgina sonrío, río y se carcajea. Elio está aterrado. Se escucha un canto monódico que baja desde lo alto. Por uno de los rincones aparece una procesión como

arrancada del medievo. Un grupo de encapuchados cruza el escenario; las manos juntas, la mirada baja, queman incienso y arrastran un carretón en donde, sobre un madero vertical, traen un esqueleto humano adornado con una guirnalda de flores frescas sobre la calavera.

Como caídas del cielo van bajando dos sogas muy gruesas. Los encapuchados se acercan a Elio y le quitan la ropa, le ponen un taparrabo y con pintura roja le pintan líneas por todo el cuerpo y un círculo negro en el vientre. Elio aterrorizado, balbuceante, suplica: "¿Qué onda? No mamen, denme chanza, ¿no?, ¿o qué onda? "Ya me dejé quitar los zapatos y vomité con la madre ésa. ¡Los calzones no!, ¡los calzones no culeros, hay chavas, no mamen carajo! Que no me vean ellas, juta, qué moral tienen! ¡Déjenme un rato, no me chinguen! ¿Y ahora qué?, me van a joder las manos, ¡me van a joder las manos!". Los encapuchados lo atan de manos y lo suspenden en el aire.

Exactamente abajo de él abren un círculo de fuego. Georgina persigue la rana que escupió, la encuentra y la atraviesa con un cuchillo, luego, como en señal de triunfo, la levanta muy alto y sonríe como poseída por las fuerzas del mal.

De pronto, y como entre un estrépito de gatos envueltos en huracanes, baja sobre la cabeza de Elio, precipitado y espeso, un rayo de luz verde; esto causa admiración y estupor entre todos los demás.

--¡Verde!
--¡Bajó en verde!
--¡El mago, el mago!
--¡Hay que bajarlo!
--¡La dicha, la dicha!

Los encapuchados apagan el círculo de fuego y bajan a Elio, quien está como saliendo de un trance. Lo toman con cuidado, lo cubren con una capa púrpura, lo acomodan en el carrmato en el sitio en donde traían al esqueleto y le ponen la guirnalda de flores frescas. Mientras hacen todo esto le dicen:

--Tú con tu mano libertadora tendrás que empuñar el fuego para librarnos del mal.
--Hay la esencia del mal entre nosotros y tú estás destinado a descubrirla y extirparla.
--Del cielo bajó la luz verde, verde, verdor, herbazal, glauco, presado, cetrino, verdegal.
--Has recibido autorización del cielo para sacar el mal.
--Sólo tu mano nos puede salvar, mago del bien y del mal.

LUCIO: *(Los calla.)* Elio, mago verde; la hermandad es un legado de abuelos y tatarabuelos, está hecha para luchar anteponiendo la vida por la salvación del hombre en la fe, en la mística, en el amor. Somos nosotros los soldados del redentor.

JUAN: Aquí aprenderás la importancia que cada uno tiene como individuo; nuestra cosmovisión integral del hombre como místico y guerrero libre de la contingencia de los accidentes históricos.

LILIA: Nosotros, los elegidos, sabemos la dicha que es morir en aras de salvar la redención, somos los grandes amantes de la estética y los más fieles creyentes en la aristocracia del espíritu.

JUAN: Desde hace mucho tiempo te observamos, eres un hombre bueno, piadoso y lo suficientemente valeroso para integrar las huestes de la sagrada grey.

GERARDO: Ven, has ganado el jubileo y te vamos a sacramentar; en estas prácticas sacramentales se impondrá ante ti la manzana símbolo de la discordia, de la armonía, del bien y del mal.

Retoman el canto monódico y vuelven a la procesión, el que va al final arrastra al esqueleto tirado por un cordel. Una vez próximos a salir de escena, se adelanta Ery con aspavientos hasta proscenio. Todos se quedan estupefactos, inmóviles. Ery habla con una voz estentórea, con un raro timbre, como si hablara por un megáfono: "No debe haber jubileo, por sometimiento glauca. ¡No al glauco, cetrino, aceitunado, verdoso, verdegal!".

GERARDO: ¡Oh, Ery! Padre de la voz humana y engendrador del grito, nos hallamos entre la presencia del nuevo, naciente hermano...

ERY: ¡No al glauco!

LUCIO: *(A los encapuchados.)* De todas maneras lo vamos a sacramentar.

Se oye una música de tambores y trompetas que anuncian grandeza, fanfarrias y marchas, llegan los muchachos, toman el esqueleto y lo ponen frente a Elio; manipulan al esqueleto de tal forma que parezca que éste le quita a Elio la guirnalda de flores y se la lleva en la mano y, de esta forma lo sacan de escena como si se fuera caminando. Toman la corona que tiene la manzana y se la imponen a Elio. Ery se desespera.

ERY: ¡No al cetrino, aceitunado, verde, verdoso, verdegal!

GERARDO: *(Con humildad a Ery.)* Oh gran señor de la voz y la palabra no te ofendas, danos licencia...

LUCIO: *(A Gerardo.)* Cállate, baboso. *(A los otros.)* Sienten a Elio por allá y que se vista. *(A Ery.)* ¡Sal de allí, pinche Carlos!

Carlos sale de dentro de Ery muy quitado de la pena, sólo dice: "Qué onda". Y luego, a una señal de Lucio, los otros orillan al monstruo y se quitan los hábitos y las capuchas.

LUCIO: *(A Carlos.)* Ahora también nos espías. No nos vas a decir que acabas de llegar.

CARLOS: No. Llegué antes que todos.

JUAN: Y luego, ¿por qué no te mostraste?

CARLOS: Desde hace tiempo tengo la impresión de que ustedes... ¡cabrones!, ¿quién me avisó que hoy a traían uno nuevo?

JUAN: ¿Pichicuás?

GERARDO: Es que no lo vi, ¿verdad Carlos que no te vi? Lo busqué, le dejé recado ¡puta!, tu mamá, ¿qué onda, eh? Porque ¡ay, hijo de su roña la de pedos que me echó! Yo dejé hablar a la ruquita: y que si no ibas a dormir, y que si nosotros te habíamos echado a perder, que ya ni veías a tu chava que es la buena onda...

CARLOS: ¡Mi mamá qué va a saber!

GERARDO: Yo le dije, pues sabe qué, ahí muere, si quiere dígame que vino a buscarlo Pichicuás. "Eso de Pichicuás", me dijo ella, "eso de Pichicuás se mienta mucho en esta casa y yo siempre lo he tomado como una grosería", ¡puta!, ¡pinche vieja!, dije yo entre mí. La neta, Carlos, tu mamá es un rollo muy grueso.

CARLOS: No, es buena onda, a lo mejor estaba de malas. ¿Cuándo fuiste?

GERARDO: ¿Qué cuándo...? pues cuándo iba a ser... antier y... y como se puso reapretada ya ni volví.

CARLOS: A lo mejor ni era mi mamá y la confundiste.

GERARDO: No me chingues, tampoco me creas tan pendejo. ¡Cómo no voy a conocer a tu mamá! Tiene un pinche lunar café aquí debajo del ojo y además... ay, pinche Carlos, yo he visto a tu jefa un chingo de veces. Lo que pasa es que la anciana se apretó y no te quiso dar el recado.

CARLOS: *(A Lilia.)* ¿Qué te dije, Lilia?

GERARDO: *(A Lilia.)* ¿Qué? ¿A poco no es cierto que tiene un pinche lunar aquí?

LILIA: *(Seca.)* Tenía. La mamá de Carlos murió hace más de una semana.

Se abre una pausa para dejar pasar lo absurdo y la confusión. Gerardo ve insistentemente a Lucio y a Juan, ambos lo miran con dureza. Carlos repasa el rostro de cada uno de sus amigos, Lilia mira con desconfianza a los otros. Georgina suelta una estentórea carcajada y se dirige a todos: "¡Pero qué bola de pendejos son todos, están viendo refeo al pobre de Gerardo y lo que pasa es que él no ha sabido expresarse y quizá no les ha comentado que él es espiritista y con quien habló fue con el espíritu de la mamá de Carlos y pues tal vez, como andaba en pena, pues no estaría de muy buen humor que digamos; eso de que aquí todo el mundo le cierra a uno la puerta en la cara no es muy agradable, pero que San Pedro nos dé con la puerta en las narices debe ser atroz". Georgina sigue riéndose aunque su chiste no haya sido muy festejado. Lilia se aproxima a ella y le da una cachetada, luego Lilia se dirige a Gerardo y lo ve con asco de arriba abajo y le dice: "¡Qué mierda eres, hueles a caca! Como eres un patán no espero que te disculpes con Carlos".

LUCIO: *(A Lilia.)* No me digas que ahora vas a defender a Carlos.

LILIA: *(Retadora.)* ¿Y si lo hiciera?

LUCIO: *(Cínico.)* No se puede, es impensable... simplemente no debes hacerlo...

LILIA: ¿Quién me lo va a impedir?

JUAN: Lilia, un momento, hay que ser razonables, ya habíamos llegado todos a un acuerdo.

LILIA: ¿Y desde cuándo en esta sociedad se respetan los acuerdos?

GERARDO: Ellos me dijeron Lilia. *(Señala a Lucio y a Juan.)* Ellos, "No le avises", me dijeron. Me dijeron: "como que se te olvidó y no le dices nada a Carlos".

JUAN: Lo que pasó...

LUCIO: *(A Gerardo.)* Mientes, nosotros no te dijimos nada.

GERARDO: ¡Ah, no!, y a mí que me lleve la chingada, ya metí la pata con la ruca difunta, y ahora, además, quedo como el culo.

JUAN: Pendejete asqueroso, lo que tienes aquí, en la cabeza, en lugar de materia gris es material fecal: caca, para que me entiendas. Lo que pasó ese día cuando se acordó traer a Elio y que Carlos no estaba... *(A Carlos.)* ¿Por qué no nos avisaste que se había muerto tu mamá?

CARLOS: *(Suelta la carcajada, se ríe estrepitosamente.)* ¡Qué ingenuos y cándidos me resultaron ahora! *(Ríe con más fuerza.)* ¿Ya les está renaciendo el amor filial? *(Transición.)* Obscenos, qué asco. ¡Aquí se ha hecho mierda el mito de la madre y ahora preguntan por qué no les avisé. ¿Ya quieres mucho a tu puta madre, Juanito? *(Canta.)* Juanito ya va a la escuela, canta canciones, recita bien; él sabe cantar canciones, recitaciones, baila muy bien.

JUAN: *(Contiendo la rabia.)* Te escondes, te escondes, llegas temprano y te escondes; nos espías, eres como una vulgar mamá; ¡eso!, ahora caigo en cuenta, allí está tu esencia, eres una pinche mamá...

LILIA: *(Advertiva.)* Te estás confundiendo Juan; estás naufragando, no es ése el rumbo Juanito...

GEORGINA: ¡Ah que la chingada!, parecen lavanderas; que si tú, que si yo, que si tu mamá, mi comadre... ¡Ay putetes!, cómo les gusta mariconear.

LILIA: Espero que algún día seas consciente de que siempre estás desentonando, Georgina.

GEORGINA: ¡Para qué tanta pendejada! Díganle a Carlos que... Bueno, ¿y éste *(Se refiere a Elio.)*, lo va a escuchar todo? ¡Ay, a mí me vale madre, ya está aquí metido! Díganle a Carlos que llegamos al acuerdo de cortarlo. Ya. Eso es todo. *(A Carlos.)* Estás fuera de la organización por traidor. ¿De acuerdo? Tenemos pruebas...

ELIO: ¡Ay, pinche Georgina..!

LUCIO: *(A Elio.)* Tú callado, ¿eh?

CARLOS: Está bien, vamos a hablar...

GEORGINA: ¿A hablar? ¿De qué Carlos? Te has estado escondiendo de nosotros y dices puras mentiras. A mí me caen en la punta los rodeos, siempre hablo claro y cuando oigo la sarta de pendejadas que se manejan en esta sociedad no me queda otro remedio que soltar la carcajada. Aquí las gentes que no razonan no saben más que golpear, ésa es la única posibilidad que tienen algunos de manifestarse.

CARLOS: Eso es lo que me han enseñado aquí, a ocultarnos, ¿no?, a tirar la piedra y esconder la mano, ¿no? Somos un grupo que se esconde, que trabaja en las tinieblas, ¿o no? ¿Cuántas veces nos han dado órdenes los círculos superiores de que vayamos a golpear? Nos escondemos y golpeamos... Somos nosotros los que hemos estado viviendo al acecho de los que no tienen nuestras ideas. La frase quizá no les parezca muy afortunada pero en verdad somos asesinos a sueldo.

GERARDO: *(Se le echa encima furioso y lo golpea con violencia.)* ¡Cuantos putos dientes te quedan en la mamona boca te los voy a estrellar, pendejo!

LUCIO: ¡Espérate Gerardo!

JUAN: ¡Que te esperes, Gerardo!

LILIA: ¡Quítenselo!

GEORGINA: *(Se divierte, mira a Lilia con una sonrisa burlona.)* ¡Vaya, cómo le impresionan los golpes! *(Los demás han entrado al pleito para separar a los muchachos. Finalmente los separan.)*

LUCIO: ¿Qué no se te ocurre pensar, Gerardo?

CARLOS: *(Con más amargura que ironía.)* ¿Pensar? Lucio, ¿dijiste “pensar”?

JUAN: Sí, dijo pensar, y ese pensar viene envuelto en amar.

CARLOS: ¿Y cuántas veces se nos ha ocurrido a nosotros pensar?, ¿hemos pensado antes de moler a golpes a todos los que hemos madreado?

JUAN: ¿Quién te dijo que el amor sea razonado? Nosotros actuamos bajo los impulsos del amor, y el amor en los humanos es ciego; cuando como en nuestro caso se obra por amor la ceguera debe ser absoluta, total.

CARLOS: “La ceguera total”; buen título para el manual de los jóvenes del CENTOS, nuestra asociación. *(Pausa larga.)* Hace algún tiempo conocí a un gran hombre; es un gran hombre, y es tan joven como nosotros, se llama Pedro y es realmente hermoso; sólo hay que verle los ojos para descubrir su hermosura, porque no está aquí, *(en la cara)* no, está dentro de él, y el camino para entrar dentro son éstos. *(Los ojos.)* Es claro, transparente, no tiene nada que ocultar, no tiene que bajar la vista ni tiene que dar claves, como nosotros, para que se le abran las puertas; se le abren con su sola presencia. Se pasa todo el día sentado en una silla de ruedas, no puede ni podrá nunca caminar; le molieron la columna vertebral a golpes en una manifestación, fue un grupo de choque...

JUAN: Mira Carlos... si nos vienes a...

CARLOS: ¡Déjame! Quizá sea lo último que tenga que decirles y creo que es muy importante. *(Pausa.)* Al principio me aterró... ¿Te acuerdas Lucio, en los primeros meses que entramos aquí al CENTOS, te acuerdas que nos mandaron golpear a unos manifestantes? Nos dejó la camioneta, nosotros nos escondimos, acechábamos, sí, acechábamos; teníamos la sangre montada en la cabeza, no sé los demás, por lo menos tú y yo sí. No sé ni porqué, como si me hubieran conectado a algo, pero me temblaban de rabia las manos y una espuma reseca me llenaba la boca. Ellos venían cantando, ¿te acuerdas? “Venceremos, venceremos, la revolución triunfará”. Adelante de todos venían unos tipos con máscaras y unos batones largos parodiando a la iglesia, a los ricos y al gobierno; se veían realmente ridículos con aquel disfraz. Allí veía yo el peligro que nos han enseñado en tantas películas nuestros dirigentes; éstos no perdonan ni la burla, me dije, quieren la anarquía y el desorden. De pronto todo lo que nos han enseñado se me agolpó junto con la sangre en los ojos y sentí como si se me

hubieran estrellado. Seguro que tú sentías lo mismo, porque estabas junto a mí y recuerdo que me dijiste que ojalá te dejaran solo para matarlos a todos tú solito. Y en efecto, te lanzaste, incluso antes de que dieran la orden te echaste sobre ellos y moliste a palos a varios de los manifestantes. Nosotros veníamos armados, ellos no. Recuerdo que uno de los enmascarados se te prendió de la camisa y te arrancó un pedazo. Luego, como se hizo gran escándalo, la camioneta no alcanzó a recogerlos a todos, sólo se llevó a algunos y tú y yo tuvimos que escondernos ya que tú traías la camisa rota; desde entonces siempre nos escondemos, siempre, ¿qué les extraña? ¿Te acuerdas, Lucio?

LUCIO: Una camisa muy chingona, cómo carajos no me voy a acordar, era amarilla con unas manchitas blancas, nunca la tiré, por allí la guardo... pero al hijo de su chingada madre le fue tan mal que tendrá que arrepentirse toda su vida.

CARLOS: *(Saca de la bolsa un pedazo de camisa del color que Lucio había descrito antes; se halla próximo al llanto, se la ofrece con decepción de una vida mal vivida.)* "Ten, por si la quieres remendar, tómala; es sólo un pedazo de tela y quema las manos.

LUCIO: ¿Te la dio Pedro?

CARLOS: Sí, Pedro, tu hermano, Lucio.

LUCIO: Mi hermano tenía varios meses fuera de la ciudad y yo no supe que ese día había venido para la manifestación; ni siquiera se alojó en la casa. Yo, la verdad, siempre he vivido con la esperanza de que otro, cualquier otro, cualquiera, no me importa quién, pero yo no.

Georgina se adelanta y le arrebató a Carlos el pedazo de tela de las manos, lo tira luego al suelo, casi a los pies de Lucio y luego lo escupe: "¡Vaya, vaya, quién te viera, Lucio! ¡Qué sensible eres al melodrama y qué fácilmente te dejas caer en la trampa de los enemigos de nuestra organización". Georgina camina retadora con mucha autoridad y con mucha seguridad: "¿Así que tienes otros hermanos? ¿De modo que ese Pedro también es tu hermano?" Lucio, convertido en un adolescente, niega con la cabeza. "¿Quiénes, pues, son tus hermanos?". Lucio responde plenamente convencido: "Mis hermanos son ustedes, los de esta hermandad".

GEORGINA: *(Con autoridad.)* Y ese Pedro, ¿qué es tuyo?

LUCIO: Él es un enemigo de mis ideales.

CARLOS: No era más que una manifestación pacífica, cantaban, me hervía la sangre, sentía la espuma, pasaba todo menos una cosa: no pensaba, no pensábamos, no se piensa, se olvida uno de razonar, por eso no le pueden exigir a Gerardo que piense, él también ya está respondiendo sólo a estímulos.

JUAN: Carlos, no estamos aquí para discutir lo que los años han dejado, ni la capacidad de razonamiento de Gerardo; además ha quedado perfectamente claro que nosotros somos los hermanos de Lucio y me extraña mucho que tú, tú que has jurado ser nuestro hermano y que has hecho tu protesta estés tratando de separarnos con ideas extrañas y exóticas. La verdad, y ahora que has aparecido, hay que tratar tu caso, pero esta reunión, en principio, se debe a que hemos decidido compartir el regocijo de un nuevo hermano que ingresa a nuestras filas y que fue iluminado con la luz verde.

CARLOS: Aquí todos hemos entrado con luz verde, por cierto, ¿quién estuvo prendiendo y apagando las luces hoy? ¿Le inventaron que Georgina también ingresaba hoy y la pusieron cerca para vigilarlo y a ver qué le sacaba? ¿No se dan cuenta que vivimos un engaño?

Gerardo vuelve a lanzarse sobre Carlos y lo golpea, Lucio y Juan tratan de separarlos, las muchachas se desesperan:

--¡Te voy a matar hijo de tu pinche madre!

--¿Qué otra cosa sabes hacer, pendejo?

--¡Déjalo Gerardo!

--¡Carlos, Carlos!
--¡Que lo dejes, Gerardo!
--¡Suéltame desgraciado!

Cuando logran separarlos, poco a poco se van levantando; se ven extenuados. Carlos logra ponerse de pie y los mira a todos con tristeza.

CARLOS: No tengo nada que decirles, creo que... supongo yo... bueno si luego hay algún pendiente... cuando venía, deveras que pensé que podríamos cambiar algunas cosas... pero si ya habían decidido cortarme, pues ni modo, me largo a la chingada.

LUCIO: Sí, claro, la decisión ya había sido tomada...

CARLOS: Pues, ahí nos vidrios...

GEORGINA: Tú, claro te puedes ir, Carlos, sólo que no puedes llevarte nada que sea nuestro... y pues... *(Toma una vara y se aproxima a él y con una de las puntas le toca una zona de la cabeza,)* aquí, dentro llevas muchas cosas que nos pertenecen; secretos muy importantes, nombres... en fin, tú sabes lo que la organización es... y lo que exige...

CARLOS: Lo sé y lo asumo.

GEORGINA: ¿Y no piensas cambiar de opinión?

CARLOS: No.

GEORGINA: Sabes lo que esto significa, ¿no? *(Carlos asiente.)* Entonces vamos a proceder.

Georgina saca una pistola y le apunta a Carlos; éste empieza a caminar lento, calmado, como quien ha aceptado ya su culpabilidad. Hay gran tensión, gran espera. Georgina se ha ido acercando hasta donde se encuentra Elio.

GEORGINA: *(Le entrega la pistola a Elio.)* Mátalo tú Elio.

ELIO: ¿Yo?

GEORGINA: *(A Elio.)* O qué piensas de todo esto. *(Los muchachos van hacia Elio con una curiosidad amenazante.)*

JUAN: ¿Elio?

GERARDO: ¿Qué?

CARLOS: ¿Qué piensas?

LUCIO: ¿Qué Elio?

ELIO: *(Terriblemente nervioso.)* No sé, no me acabo de enterar bien; este, tengo un poco de sed.

En el rostro de Lilia se dibuja una amplia sonrisa, toma agua de un cántaro en un vaso de cristal. Se dirige hacia Elio, lo mira con gran curiosidad y con una morbosa satisfacción que nació del placer de verlo sufrir. Con mucha lentitud y muy en voz baja ensaya su canción: "Café, café, café; no es té: café. Noté que es té el café. Café que es té...!" etcétera. Los demás, como poseídos por una fuerza maligna, se unen a la intención y al canto de Lilia. Lilia llega hasta Elio y le ofrece el agua. Elio se resiste un poco, el pánico del que ha sido presa lo tiene inmovilizado. Lilia se la ofrece de nuevo y le dice: "Ten, bebe, es agua joven y está fresca". Elio se resiste, pero Lilia, terriblemente exasperada, grita con gran fuerza: "¡Bébela!". Elio la toma con rapidez y la apura en un instante. En el preciso momento en que Elio bebe el agua, cesa la canción y todos vuelven a la normalidad y la atmósfera ritual desaparece.

LILIA: *(A Elio, muy cotidiana.)* Elio, por Dios, beber agua debería ser un rito. ¿Quieres más?

ELIO: *(Contesta rapidísimo antes de que otra cosa suceda.)* No, gracias.

LILIA: Siempre que quieras algo puro pide agua y disfruta al beberla, búscale el sabor, lo tiene.

GEORGINA: Para que te acabes de enterar, Elio, esta es una asociación ritualista; nuestra hermandad tiene como finalidad recuperar los ritos que el hombre ha venido perdiendo dentro de esta civilización.

ELIO: Sí, se pierden.

GEORGINA: ¡Eso!, ahora hacemos una ceremonia de represión; en este momento se ha convertido esto en una sociedad secreta; algo así como un grupo de choque, de esos que tiene la ultraderecha... Desde luego tú sabes que Carlos y Lucio son incapaces de matar una mosca; pues... suponemos que Carlos ha cambiado sus ideas porque entró en contacto con un supuesto hermano de Lucio al cual el mismo Lucio había madreado. Tú sabes perfectamente que Lucio no tiene hermanos...

ELIO: Sí, no, no tiene, de veras, no tiene. *(Sonríe.)*

GEORGINA: Ya oíste lo que contó Carlos; que obviamente no es más que un producto de su fantasía. *(A Carlos.)* Muy bien Carlos. *(A Elio.)* Como ves, no es más que un juego de oposiciones para despertar los sentimientos y ejercitarlos y de esta manera llegar al rito propiciatorio y pasar luego a la ceremonia final que es la sorpresa que te tenemos; ahora, pues, este rito propiciatorio ya está por terminar, pero queremos que tú participes.

ELIO: ¡No, no, no!, sigan ustedes; yo me estoy sintiendo muy mal, creo que mejor me voy a regresar a la casa.

JUAN: ¡No, no te puedes ir de ninguna manera!, ya has oído que te hemos preparado especialmente a ti una sorpresa.

ELIO: Es que...

LILIA: Nada, ven. *(Lo toma de la mano y lo conduce a la silla.)* Siéntate aquí. Esta es una ceremonia comunitaria y tienes que participar de la liturgia. El día de hoy se inician los días de rogativa y no podemos desperdiciarlos, casi hermano nuestro. Hoy mismo jurarás protesta y estrenaremos nuevas letanías en tu honor.

Los muchachos empiezan a armar un gran ojo de la justicia lleno de rayos dorados y plateados que con las luces del teatro parecían tener luz propia. El ojo de la justicia es ese temible ojo que se encuentra a la entrada de los templos y el cual, algunos aseguran, siguió a Caín durante toda su vida después de haber matado a su hermano Abel. Lilia, que no ha perdido su entusiasmo trata de tocar el corazón de Elio con sus palabras.

LILIA: Ellos, míralos, ve con qué entusiasmo preparan todas las cosas para la celebración del culto; ellos, míralos bien, te eligieron a ti entre muchos. Fue un proselitismo muy bien organizado y alimentado con gran fervor y pasión el que giró en torno a tu persona antes de invitarte a nuestra hermandad. Ellos, obsérvalos muy bien, ellos te han organizado y te han hecho partícipe de bellísimas ceremonias, te han distinguido y te han festejado. ¿Es que no compartes nuestra alegría?! ¡Entraste con luz verde! Espero que sepas lo que eso significa. Pues bien, hemos de pasar a las libaciones y a que pruebes tu primer alimento, pero, claro, todavía te falta pasar algunas pruebas.

ELIO: *(Muy angustiado.)* ¿Qué no te das cuenta? *(Más angustiado, se dirige también a los otros que lo ven como bicho raro.)* ¿Qué no pueden entender? ¿Qué les pasa?! ¿Están drogados, enfermos o locos?! ¡Yo ya no quiero pruebas, ni ritos, ni ceremonias!

LILIA: *(Rompe a llorar con gran aflicción.)* No has entendido Elio, no has entendido. ¿Así pagas todos nuestros trabajos, nuestro empeño, nuestros desvelos?

Gerardo se dispone a golpear a Elio pero Georgina lo detiene. Juan se acerca a Elio, le escupe la cara, abraza a Lilia y la aleja y la consuela. Elio se enfurece con el escupitajo de Juan y se va a poner de pie para golpearlo pero llega Lucio y lo detiene con gran cuidado. Lucio viene feliz, rebosante de alegría le limpia la saliva con un pañuelo: "Elio, sabemos cómo te sientes... Este

honor, desde luego, no podemos conferírsele a cualquiera, sólo a los escogidos, como tú. No ignoramos que momentos tan importantes como los que has estado disfrutando y los que te faltan por gozar te nublen un poco el espíritu..."

ELIO: Quiero... quiero vomitar otra vez.

Lucio mira a los otros interrogativamente, se hace el silencio, pasa un ángel; Juan mira fijamente a Elio y le dice directamente: "no, ya no puede, que beba un poco más de agua, si quiere". Lilia al oír esto muestra de nuevo su mirada diabólica, se enjuga las lágrimas, corre por el vaso y se lo ofrece a Elio: "¿Quieres más agua dulce Elio?"

Elio grita aterrorizado como si presintiera otra pesadilla.

ELIO: ¡No, no, no, no! ¡No, no es un sueño...! ¿qué tienen?, ¿ qué tengo en la cara, por qué me miran? *(Se le escapa otro grito mientras el sudor frío le brota por toda la frente.)* ¡Allí hay un ojo!

LUCIO: ¿Dónde?

ELIO: *(Lo señala y grita.)* ¡Allí, allí, allí, allí!

LUCIO: *(Muy quitado de la pena, con gran tranquilidad.)* ¡Ah, claro!, es el ojo de la justicia; es que ya se van a iniciar las letanías oculares para propiciar la confesión. Por supuesto que tú sabes que la penitencia tiene tres partes que son la contrición, la confesión, y la satisfacción.

GEORGINA: Lucio, aquí ya está todo listo, tráete a Elio para acá por favor, para que se integre de una vez al rito propiciatorio y lleguemos a la ceremonia final.

ELIO: No, no me jodan, yo quiero vomitar.

JUAN: No tienes por qué vomitar, si vomitas otra vez tendremos que reiniciar el rito desde el principio y nos llevará mucho tiempo; aguántate, respira profundo, ten, toma un poco de alcohol para que huelas.

Juan dice su parlamento anterior al tiempo que con unas tenazas introduce un pedazo de algodón al alcohol y con gran naturalidad lo pasa sobre una vela encendida y lo que le ofrece es una bola de fuego. Elio grita horrorizado: "Déjenme en paz".

GEORGINA: Pichicuás.

GERARDO: *(Desesperado.)* ¿Ya lo madreo, le rompo todo el hocico?

LILIA: No, no, mira, no. Gerardo, trata de no pegarle en la cara porque ya sabes cómo son las hemorragias.

CARLOS: *(Seducor, tratando de ser amable.)* Elio, intégrate.

ELIO: No, no.

CARLOS: *(A Gerardo.)* No quiere.

GERARDO: Ahorita va a querer.

JUAN: *(Casi en tono de súplica, mientras detiene a Gerardo.)* Elio, no es nada difícil, se trata sólo de caminar entre nosotros mientras decimos la letanía. ¡Es tu letanía, Elio! No puedes hacernos esto. Caminas por entre nosotros, se hace la lectura de hoy, ingieres tu primer alimento, es todo; lo de las libaciones... por eso ni te preocupes, te sentamos en la silla y... ¡Oye, Elio, no tienes ningún derecho de estarnos interrumpiendo a cada paso nuestro ceremonial!

ELIO: ¿Camino y eso es todo?

GEORGINA: Todo.

ELIO: Me hubieran dicho; ¿yo camino, las libaciones y se acabó?

LILIA: Y se acabó, y ya, hermano y abrazos...

ELIO: ¿Ya empiezo a caminar?

LUCIO: No, espérate tantito, ven para acá.

Se llevan a Elio y mientras le explican en voz baja el recorrido que debe hacer, le atan un cable a la cintura de manera que camine para donde camine el ojo, lo siga y se sienta perseguido por él, lo cual horrorizará bastante a Elio. Los muchachos dejan a Elio y van tomando cada uno de ellos posiciones místicas de contemplación divina; de esta manera se inicia la letanía donde Juan es el lector y los demás forman la congregación.

LECTOR: Ojo de la inteligencia.

--Mira por nos.

LECTOR: Ojo del entendimiento.

--Atisba por nos.

LECTOR: Ojo de la sabiduría.

--Vigila por nos.

LECTOR: Ojo de la conciencia.

--Vislumbra por nos.

LECTOR: Ojo que eres espejo del alma.

--Columbra por nos.

LECTOR: Ojo que eres sentimiento de culpa.

--Advierte por nos.

LECTOR: Ojo que eres proximidad del castigo.

--Acecha por nos.

LECTOR: Ojo de la justicia divina, ¡ojo de la justicia divina! ¡¡Ojo de la justicia divina!!

Cuando el lector menciona por primera vez la justicia divina, el ojo empieza a ganar altura y se va elevando cada vez más y más y va arrastrando a Elio hasta que lo hace que despegue los pies del suelo y lo va elevando. Elio grita aterrorizado. Mientras todo esto sucede, los que integran la congregación responden a la letanía con gran entusiasmo y euforia:

“¡Cuídanos!, ¡atiéndenos!, ¡protégenos!, ¡defiéndenos!, ¡ampáranos!” e impregnados todos de un recalcitrante fanatismo dirigen los brazos y las manos hacia Elio como si se tratara de una aparición milagrosa. Dos de los muchachos corren por una escalera de tijera y la ponen debajo de Elio para que se sostenga, uno de ellos sube y suelta el cable que lo ata del ojo. El ojo sigue subiendo y se detiene un poco antes de desaparecer entre las bambalinas y se queda acechante. Elio baja con su ya característica sonrisa imbécil. Lilia sube algunos peldaños mientras que Juan va y trae un gran libro el cual detiene para que Lilia lea. Los demás se sientan en partes más o menos elevadas y obligan a Elio a que se siente también. Lilia besa el libro y empieza su lectura.

LILIA: Dijo Caín a Abel, su hermano: “Vamos al campo”. Y cuando estuvieron en el campo, se alzó Caín contra Abel, su hermano, y lo mató. Preguntó Yahvé a Caín: “¿Dónde está Abel, tu hermano? ¿Qué has hecho? –le dijo él--. La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano. Cuando labres, no te dará sus frutos, y andarás por ella fugitivo y errante”.

Lilia saca de entre el libro el pedazo de camisa que arrojó Carlos y lo eleva con gran solemnidad al tiempo que se escucha tres veces el tañer de una campanilla. Baja el pedazo de camisa, voltea a ver a Elio y le dice muy conmovida: “Ahora tendrás que comerlo, Elio”.

Los muchachos se muestran acechantes, vuelven a ser tipos misteriosos. Se mueven con lentitud, Lilia lleva por delante el trapo y de vez en cuando le dice: “Ven gatito, ven”. Los otros

maúllan. Elio llega hasta donde está la pistola que le había mostrado a Georgina muy al principio. La toma y les apunta.

ELIO: Muy bien, ¿qué es lo que saben?, ¿qué es lo que quieren de mí, cabrones?

Los muchachos se van parando pero sin dejar de maullar. Lilia regresa a la silla y se sienta como si fuera ella la gran sacerdotisa que contempla su propia ceremonia. Los otros sin caminar mueven las manos hacia Elio como si fueran gatos y maullando de una manera casi imperceptible. Lilia, quien ha llenado con su cuerpo toda la silla, observa todo con atención mientras canta en voz baja la canción del café.

ELIO: Pregunté que qué saben. Yo sí he matado, no me voy a tentar el corazón para chingarme en dos o tres. Yo sé lo que son estas organizaciones, pertenezco a una que de verdad es efectiva, allí hay que hacer todo y lo hago, lo de ustedes son puras mamadas. Yo vine nomás para saber qué onda porque de nuestro círculo han desaparecido varios compañeros y dos se han vuelto locos, por eso me interesó esto de la hermandad, pero creo que se quieren pasar de chistosos, y no lo voy a tolerar.

LILIA: Tus palabras no dejan de ser infantiles; es hermoso estar todos juntos... Estamos por entrar al jubileo y ya no puedes detener este caudal de actos que se echó a andar.

ELIO: ¡Cállate! Ahora soy yo el que habla, el que grita; soy yo el que manda, el que tiene el poder y la fuerza.

LILIA: ¡Mientes! Tú naciste para que te patearan y te gritaran, ni siquiera puedes pensar en la idea de fundar una sociedad sin represión. Quítale esa pistola Gerardo, por favor.

Gerardo se adelanta hacia Elio, pero éste le respondió algo como que si caminaba o que si daba un paso más adelante disparaba; no entendí muy bien, porque de los nervios, por estar jugando con un anillo se me cayó y rodó por entre las butacas y como todo fue muy rápido no sé cómo estuvo, pero parece que Gerardo caminó y Elio le disparó, porque cuando volví los ojos a la escena —porque oí el disparo y el grito de Gerardo—vi a éste en el suelo y vi que Carlos corrió a abrazar a Gerardo. Juan se puso furioso y le dijo: “Dame esa pistola Elio o te va a pesar”, él le respondió, “Ven, quítamela”. Juan quiso sorprenderlo y corrió pero Elio le disparó a tiempo y alcanzó a matarlo.

GEORGINA: Pues nos vas a tener que matar a todos, yo no te tengo miedo, dispara, vamos, dispara. *(Empieza a caminar hacia él.)*

ELIO: Párate, Georgina, párate, sí te mato y me vale madre.

Georgina sigue caminando muy despacio y Elio empieza a retroceder. Lucio se aprovecha de que Elio viene de espaldas y se lanza sobre él pero como adelanta el movimiento Elio alcanza a dispararle y cae con una muerte aparatosa; Georgina hace lo mismo al ver que Lucio ha caído pero también Elio le gana el movimiento y le dispara. Georgina cae con un grito estrepitoso. Carlos retoma el grito de Georgina y se arroja con gran violencia sobre Elio, pero éste completamente trastornado le dispara también. Lilia no se ha movido para nada de su silla. Lilia y Elio se quedan viendo mucho tiempo. Luego Lilia saca una pistola de su bolsa y con ella le apunta a Elio. Éste, casi loco, desesperado, le dispara y Lilia se dobla sobre la silla. Elio se ve solo y trata de buscar la salida pero no la encuentra por ningún lado. Empieza a gritar desesperado. Elio no paraba de gritar ni de correr de un lado para otro. La luz tenue fue bajando de intensidad hasta el oscuro total y los gritos de Elio se intensificaron, luego se oyó un ruido muy extraño y desconcertante. Un reloj muy cercano dio doce campanadas y una vez que terminó de darlas se empezó a oír una música maravillosa que me recordaba mucho aquellos majestuosos

vales vieneses, pero no era propiamente música de vals, era algo como muy moderno, que no sé precisar; de lo que sí estoy seguro es que era embriagadora. De pronto, hacia el fondo del escenario y en una parte muy alta, se abrieron dos puertecitas que se iluminaron y empezó a pasar un desfile de figuras extraordinarias como sacadas de los sueños de los relojes medievales. Pero estas figuras no cruzaron inmóviles ante las puertecillas, sino que se detuvieron y ejecutaron una espléndida danza. Era todo como el mejor sueño al que se puede aspirar. Pero de pronto sucedió que aquellas majestuosas figuras se quitaron las máscaras y eran unos enanos grotescos que se rieron y enseñaron una lengua negra. Las puertecillas se cerraron rápidamente y regresó la luz a todo el lugar aquel. Elio se encontró entre un gran número de maniquís. Tengo la impresión de que los confundía con los humanos porque se dirigía a ellos, les hablaba y los abrazaba a veces.

ELIO: *(Con una risita enferma.)* No son ángeles, no hay ángeles; son enanos, son enanos con la lengua negra. *(Ríe.)* Y nos dicen que somos los elegidos y que luego pasamos a ser ángeles. Éstos no saben nada; lo inventan todo. La manifestación no fue así, se burlaban de todo, entiendan, no perdonaban nada; ¿por qué entonces perdonarlos a ellos? Cantaban, sí cantaban, qué rabia me dio, ¡qué pendejada querer cambiar al mundo! *(Llora.)* Pero ya estoy libre de pecados; está rebosante el tesoro de mis méritos.

Los muchachos espían a Elio desde los rincones. Lo ven obrar y se sienten satisfechos. Carlos le comenta a Lucio aparte: “¿Crees que ha tenido suficiente? Ya confesó”. A lo que Lucio responde: “Estos hijos de puta nunca tienen suficiente, esta raza de golpeadores hay que exterminarla completamente”. Lucio hace una señal a los otros y todos desaparecen.

Se escucha de nuevo el canto monódico y a lo lejos aparecen los encapuchados jalando el carromato con el esqueleto que tiene la guirnalda de flores frescas. Elio no ha dejado de llorar, ve a los encapuchados con mirada perdida y su voz suena como un hilillo roto, dolorosamente roto y dice: “¿Qué quieren de mí? ¡Dios mío qué quieren de mí!”. Y mientras inicia una risa desquiciada que anuncia su locura, la música sube de intensidad y la luz baja hasta el oscuro total.

T E L Ó N